

# Semana Santa en Sevilla

M O N T E D E L U Z



Las llamas de los cirios asacran la carita triste de la Virgen

V

Como el paso del Cristo lleva delante unas veinticinco parejas de penitentes y el de la Virgen, a lo menos, cuarenta, hay que contar por cada Hermandad unos ciento treinta hermanos de luz. Cinco libras pesa un cirio de penitente, y la cera labrada cuesta a catorce reales la libra; bien es verdad que la cera sobrante se revende luego a diez reales, pero así y todo el gasto de cera es tan fuerte que con la subvención de dos mil pesetas que el Ayuntamiento otorga a cada Hermandad no tienen los cofrades ni para pagar al cerero.

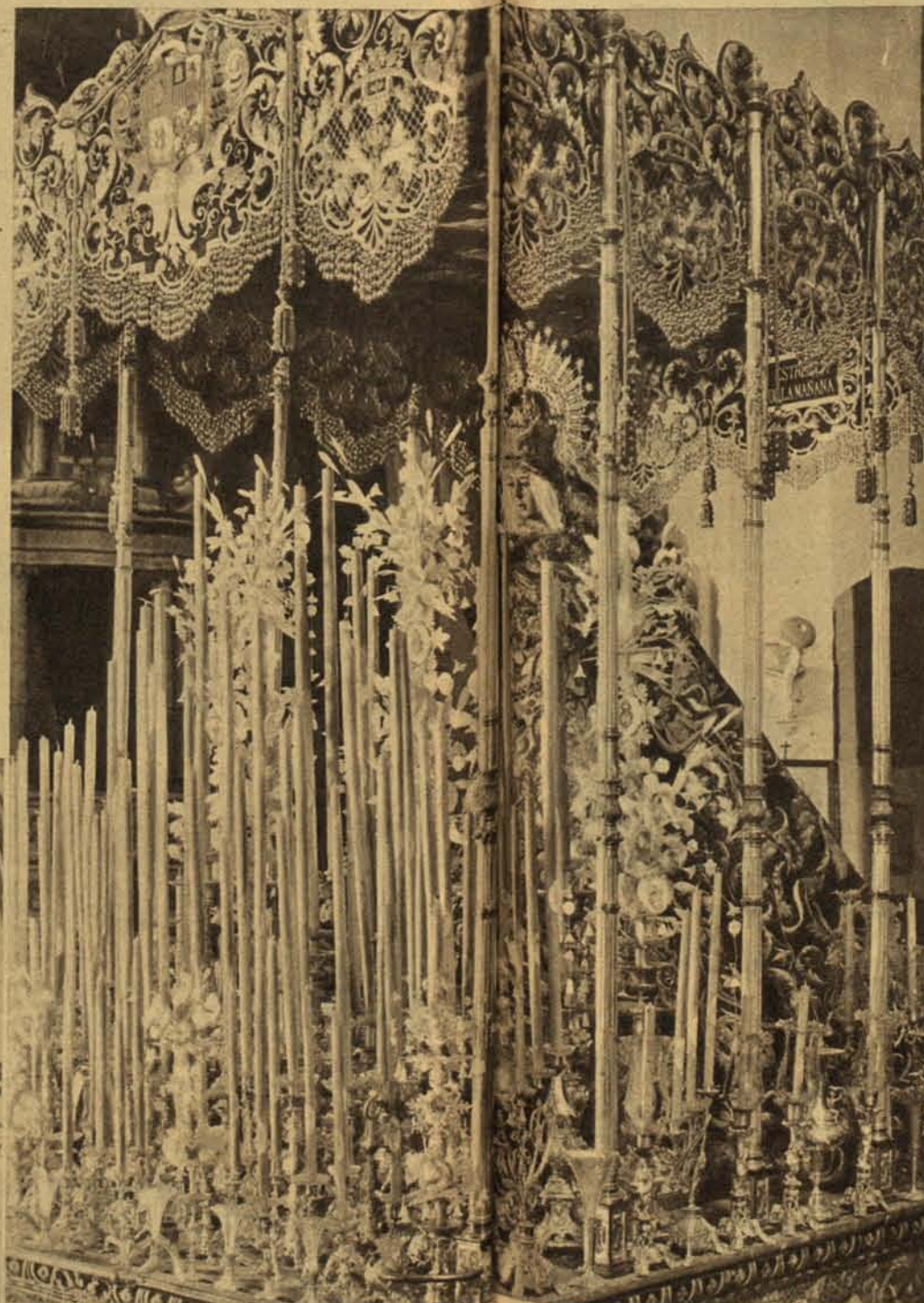
Hay que contar luego la cera de los pasos. El monte de luz de una Virgen lleva por lo menos treinta y seis libras de cera. Primero se colocan las "marías", que son cuatro cirios monumentales, que van a la vanguardia del paso. Luego viene el monte de luz propiamente dicho, que es un hacinamiento de candelabros colocados de menor a mayor, desde el frontal hasta la misma peana de la imagen. Esta candelería, que en algunas Hermandades es de plata de ley, extiende las bocas de sus cien luceros delante de la Virgen, formando una masa compacta de velas, que cuando están encendidas producen la impresión de un ascua de oro, en cuya cima aparece la carita triste de la Virgen. Es ritual encender estas velas del monte por un orden estricto, en virtud del cual, sobre la masa de cera, las llamitas de los pabilos que primero se encienden dibujan litúrgicamente las iniciales del "Sine Labre Concepta" o el "Ave María Purísima". Escribir estas tres letras con la llama de las velas es la "fantasía" del sacristán, que como todos los que ponen mano en la Semana Santa sevillana ha de hacer también su fantasía, su arrequive, su recorte torero y garboso.

El paso de la Virgen lleva, además, los faroles de cola, que hacen brillar el oro de los mantos, y enroscada al pie de los varales del palio, una barroca can-

El paso del Cristo es siempre más sencillo: cuatro candelabros y una canastilla de claveles rojos. Así sale el Cristo de San Bernardo

delieria con velas pequeñas, pintadas y rizadas. Todo ello forma un conjunto milagroso de llamas estremecidas por el viento que se agitan alrededor de los mórvidos paquetes de flores, lamen los cristales de los guardabrisas, chisporrotean sobre el oro y el terciopelo de los mantos y asatean la cara lustrosa de la Virgen, amenazando a cada instante con alzarse en una sola y devoradora llama, que en pocos minutos convierta aquel prodigio en un montón de pavesas. El peligro del incendio es siempre inminente. A lo largo de la estación, el capataz va ojo avizor vigilando los cien pabilos del monte de cera. Una vela que se acuesta sobre el cristal del guardabrisas, un simple moco de cera fundida que cae sobre el viejo terciopelo puede originar una catástrofe.

Sacar un paso de Virgen bien puesto significa un indudable riesgo y un consciente derroche. El paso del Cristo es siempre más sencillo y más barato. Sin que yo sepa explicar por qué, lo cierto es que todo lo que se relaciona con el Cristo es menos costoso y complicado que lo de la Virgen. Un paso de Cristo está arreglado con treinta o cuarenta luces y unos manojos de claveles. Ni costosos mantos ni fabulosas alhajas. Hay un Jesús Nazareno con la cruz al hombro, de una Cofradía de barrio, que algunos años ha salido en procesión llevando por todo lujo en los puños blancos que cuidadosamente asoman por las bocamangas del hábito unos sencillos gemelos de brillan-



La candelería extiende las cien luceros delante de la Virgen, formando un bosque de cerillos

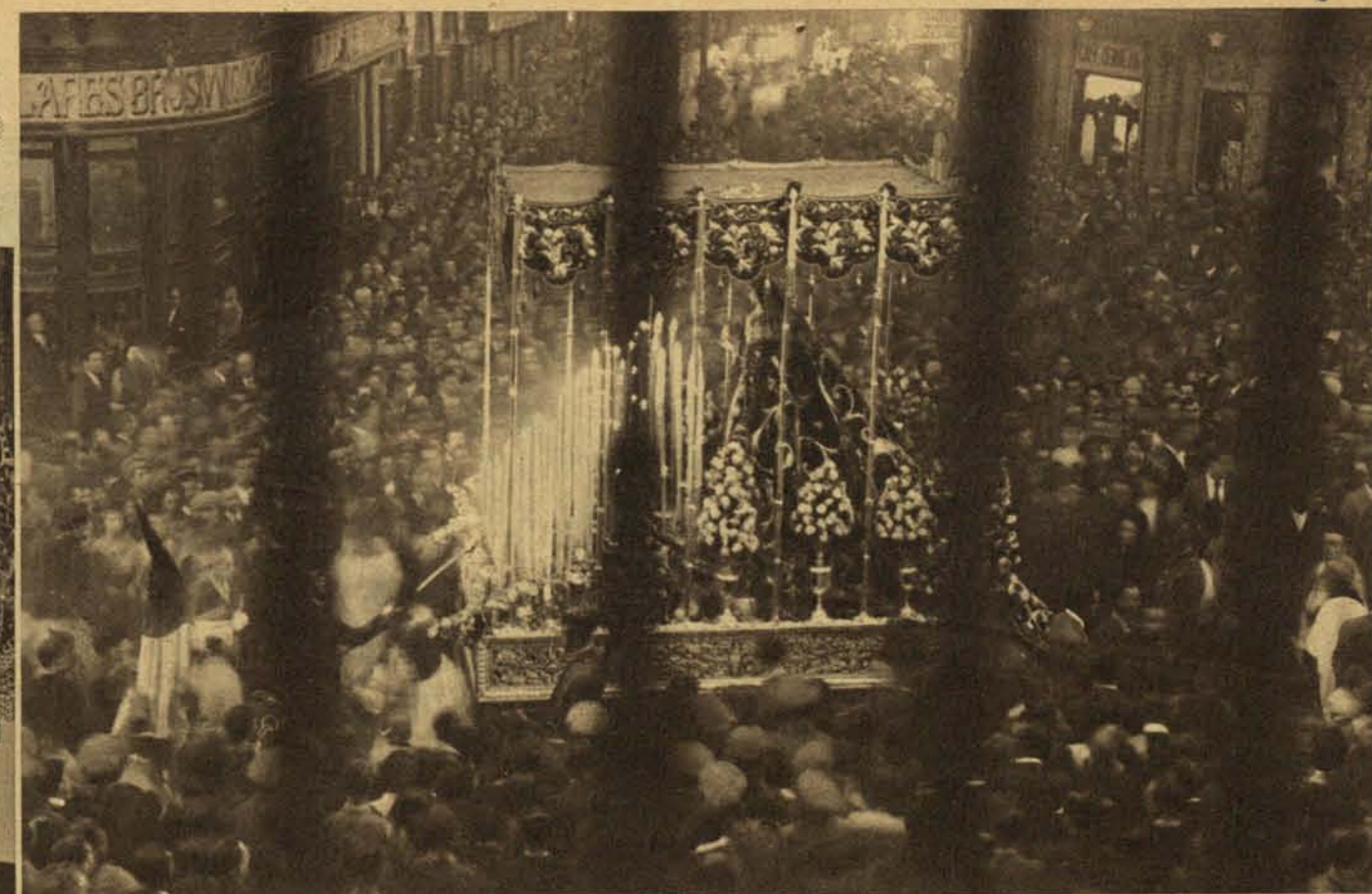
tes. Lo menos que, a juicio de los cereros, se puede salir decentemente a la calle. Hay una sola excepción: El

Antonio "el Cerero"

Antonio, "el Cerero", tiene cita en los soportales del cerero. Es su pa- dre, y éste de su abuelo. Escapate hay unas velas rizadas que parecen de confitura; unas manos y unas piernas que le dan a la tiendecita cierta casquería superrealista. Los pocos; una vieja que busca la cera de su pierna reumática, asustadizo que compra por mos una cajita de maripositas nadando en un vaso lleno, te y mitad de agua, le ayu- los terrores de la madrugada.

Por las tardes, en cambio, cerería muchos cofrades pa- tulia. Antonio, "el Cerero", de casi todas las Cofradías, en su tienda se juntan los más famosos. Allí, en la ce-

"La vi en la calle... vería pasar... ¡h nita!"



El monte de luz, conjunto milagroso de llamas estremecidas por el viento

vador, se sigue al dedillo la vida interna de cada Hermandad, sus apuros económicos y sus derroches, el alza y la baja de sus protectores, sus hermanucos y sus capigorrones. Cuando se va acercando la Semana Santa los que mangonean las Hermandades pobres ponen cerco al cerero.

—Pero cómo le voy a fiar cincuenta libras de cera a la Hermandad de San Roque?—gime Antonio, "el Cerero", ante la presión amistosa de los cofrades—. ¡Si San Roque no paga nunca! ¡Si debe más que el Gobierno!

Esto se discute una tarde y muchas tardes ante el mostrador de la cerería. Antonio se resiste a dar la cera al fiado. En Sevilla hay otros cereros, y los hermanucos recurren a ellos. El más importante es Carrasquilla, que labra la cera de muchas Hermandades y tiene fama en toda España por sus velas rizadas. Pero todos los cereros son huesos más duros de roer que Antonio el del Salvador. Están muy dolidos de los mordiscos que les han dado las Hermandades, y los cirios no salen de sus tiendas si un hermanuco adinerado no se hace responsable particularmente de la deuda.

—A San Roque—dice un cerero—yo no le puedo fiar ni una lágrima de cera, pero si viene a verme Paco "el entrador", que es consiliario de la Hermandad, se lleva de mi tienda lo que quiera.



Como un ascua de oro, avanza en la noche por las calles de Triana el trono centelleante de la Esperanza

Paco "el entrador" sabe que si va por la cera tendrá que pagarla de su bolsillo y se resiste a ir.

En este forcejeo se echa encima la Semana Santa, pero a pesar de los pesares, la Hermandad de San Roque, cuando llega su día, sale a la calle quemando cera por las cien bocas de sus luceros, como si el paso fuese un ascua de oro.

—¿Qué? ¿Le fiaste por fin a la Virgen de San Roque?—pregunta el Sábado de Gloria un hermanuco zumbón a Antonio "el Cerero".

—¿Qué remedio?—responde melancólico Antonio—. Estaba viendo que la porrecilla se quedaba sin salir. Le di la cera de muy mal talante, esa es la verdad. Después la vi en la calle. Me gustó al verla pasar. Iba tan bonita...

Y añade caviloso: —Mi padre me dejó la cerería y un timero de trampas de las Hermandades; yo les voy a dejar a mis hijos sólo el timero de las trampas.

Contra los poderes constituidos

El riesgo es grande, el coste excesivo, la abnegación de los cofrades limitada. Sin este espíritu de sacrificio que tienen las Hermandades no habría Semana Santa en Sevilla. No hay que hacerse la ilusión de que alguna vez pueda ser este un festejo municipal, cuya organización entre dentro de las posibilidades presu-

puestarias de la Comisión de fiestas del Ayuntamiento. Sin las Hermandades, sin esa supervivencia medieval de las Cofradías, no habría Semana Santa en Sevilla por mucho que se empeñasen en ello la Iglesia o los Gobiernos. La Semana Santa sevillana no es obra, ni de los curas ni de los gobernantes, sino de los cofrades, de una organización netamente popular y de origen gremial, que ha estado siempre en pugna con los Poderes constituidos. Los dos enemigos natos de la Semana Santa son el cardenal y el gobernador, el representante de la Iglesia y el del Estado. El buen capillita se pasa la vida hablando mal de ellos y protestando contra sus decisiones.

Claro está que, como el cofrade es por principio hombre religioso y ciudadano pacífico, no puede ponerse abiertamente en lucha con los representantes de la Iglesia y el Estado, pero en realidad, su obra, las Cofradías, se ha ido haciendo a espaldas de ambos, y muchas veces a su pesar.

Manuel CHAVES NOGALES

MANANA:  
Semana Santa en Sevilla  
Los que van debajo  
Ultimo artículo de este reportaje